

LIBRO QUINTO

LOS SEPULCROS, LAS IGLESIAS Y LOS PALACIOS

CAPITULO I

Turbáronse al día siguiente, cuando se vieron Osvaldo y Corina : Corina desconfiaba ya del amor que inspiraba ; Osvaldo se sentía descontento de sí mismo, porque advertía en su carácter una especie de debilidad, que á veces le irritaba contra sus propios sentimientos, como contra una tiranía ; y los dos procuraban no hablarse de su mutuo cariño. — Hoy os propongo, dijo Corina, una excursión bastante solemne ; mas que seguramente os ha de interesar : vamos á visitar los sepulcros, y á ver el postrer asilo de los que vivieron un día entre los monumentos, cuyas ruinas hemos contemplado. —

SEPULCROS, IGLESIAS, PALACIOS 135

Si, respondió Osvaldo, adivináis lo que mas conviene á la situación presente de mi alma ; y pronunció estas palabras con acento tan doloroso, que Corina calló algunos instantes, no determinándose á intentar hablarle. Empero, cobrando ánimo por el ansia misma de aliviar á Osvaldo sus penas, haciéndole tomar vivo interés en cuanto veían juntos, le dijo : — Ya lo sabeis, milord, léjos de que la vista de los sepulcros desalentase á los vivos entre los antiguos, pensaban, al contrario, inspirar nueva emulación colocándolos en los caminos públicos, para que recordasen á los jóvenes la memoria de los varones ilustres, y los estimulasen silenciosamente á imitarlos. — ¡ Ah ! ¡ cómo envidio, dijo Osvaldo lanzando un suspiro, á todos aquellos, cuyas penas no van mezcladas con remordimientos ! — ¡ Vos ! ¡ remordimientos ! exclamó Corina ; ¡ vos ! estoy segura de que son en vos una virtud mas, un escrúpulo del corazón, una delicadeza excesiva. — Corina, Corina, no toqueis ese punto, interrumpió Osvaldo : en vuestras venturosas regiones se desvanecen los pensamientos melancólicos á la claridad de los cielos ; pero el dolor que ha ahondado hasta los senos mas profundos del alma, conmueve siempre toda nuestra existencia. — Juzgais mal de mí, respondió Corina ; os lo he dicho, aunque mi carácter es propio para disfrutar activamente de la felicidad, padecería mas que vos, si... No acabó, y mudó de conversación. — Mi único deseo, milord, prosiguió, es

distraeros un momento: no aspiro á nada mas. — La suavidad de esta respuesta enterneció á lord Nelvil; y advirtiéndole en las miradas de Corina, naturalmente tan llenas de interes y de fuego, una expresion de melancolía, sintió entristecer á una persona nacida para las impresiones vivas y agradables, y procuró hacerlas renacer en su mente; pero la zozobra que experimentaba Corina de los proyectos de Osvaldo, y de la posibilidad de su partida, turbada absolutamente su serenidad acostumbrada.

Llevó á lord Nelvil fuera de las puertas de la ciudad, por los antiguos vestigios de la vía Apia: estos vestigios están señalados, en medio del campo de Roma, con sepulcros á derecha y á izquierda, cuyas ruinas se distinguen hasta perderse de vista á muchas millas mas allá de los muros; porque los Romanos no consentían sepultar los muertos en lo interior de la ciudad; solo se admitían en su recinto los sepulcros de los emperadores. No obstante, un simple ciudadano, llamado Publio Biblio, logró esta merced en galardón de sus oscuras virtudes. En efecto, los contemporáneos honran mas gustosos estas que ningunas otras.

Pásase para ir á la vía Apia por la puerta de San Sebastian, nombrada en otro tiempo *Capena*. Ciceron dice que saliendo por aquella puerta, los primeros sepulcros que se descubren son los de los Metelos, los Escipiones, y los Servilios. El sepulcro

de los Escipiones se ha hallado en aquel propio sitio, y se ha trasladado luego al Vaticano. Casi es un sacrilegio mudar las cenizas, ó alterar las ruinas; la imaginacion tiene mas intimidación que se piensa con la moral, y no debe ofendérsela: entre tantos sepulcros que hieren la vista, se colocan nombres á la ventura, sin certeza alguna de lo que se supone; pero esta misma incertidumbre inspira una conmoción que no deja mirar con indiferencia ninguno de aquellos monumentos. Hay dentro de algunos casas de aldeanos, porque en Roma se destinaban terrenos dilatados, y edificios bastante espaciosos á la urna funeraria de los amigos, ó de los conciudadanos célebres; y no conocían el árido principio de utilidad que fertiliza algunos rincones mas de tierra, al paso que hace estéril el vasto imperio de la sensibilidad y del pensamiento.

Mírase, á cierta distancia de la vía Apia, un templo levantado por la república al Honor y á la Virtud; otro al dios que hizo retroceder á Aníbal; la fuente Egeria, adonde iba Numa á consultar la divinidad de los hombres honrados, la conciencia examinada en la soledad. Parece que solamente subsisten todavía en torno de aquellos sepulcros las huellas de las virtudes; no hay al lado del sitio donde descansan aquellos illustres muertos, monumentos algunos de los siglos del delito; hanse rodeado de un espacio honroso, donde pueden reinar sin verse turbadas las mas nobles memorias.

La vista del campo al rededor de Roma merece singular atencion : es á la verdad un desierto, puesto que no tiene árboles ni habitaciones ; pero la tierra se ve cubierta de plantas naturales renovadas de continuo por la energía de la vegetacion : deslizanze aquellas plantas parásitas dentro de los sepulcros, y adornando sus ruinas, se muestran allí, al parecer, solo para honrar á los muertos ; dícese que la naturaleza orgullosa ha despreciado todos los trabajos del hombre, desde que no guian ya los Cincinatos el arado que rompía su seno ; cria plantas á la ventura, sin consentir que los vivos se aprovechen de su riqueza : aquellos llanos sin cultivo deben desagradar á los agricultores, á los que gobiernan, á todos los que calculan sobre la tierra, y desean beneficiarla para las necesidades del hombre ; mas los corazones pensativos, á quienes ocupa tantola muerte como la vida, se complacen en mirar el campo de Roma, donde no ha estampado huella alguna el tiempo presente ; aquella tierra que ama á sus muertos, y los cubre amorosamente con las inútiles flores, con las inútiles plantas que se arrastran por el suelo, sin levantarse nunca bastante para apartarse de las cenizas que están como acariciando.

Confesó Osvaldo que en aquel sitio debía disfrutarse de mas sosiego que en otro alguno, porque allí no padece el alma tanto con las imágenes que le representa el dolor, y como que se goza todavía con

los que ya no existen del atractivo de aquel ambiente, de aquel sol, y de aquella verdura. Corina advirtió la impresion que sentia lord Nelvil, y concibió esperanza ; no se lisonjeaba de consolar á Osvaldo ; ni acaso habria deseado borrar de su corazon el justo pesar que debia causarle la pérdida de un padre ; pero aun en el mismo sentimiento de las penas se encuentra no sé qué dulzura y armonía, que es preciso hacer conocer á los que todavía no han probado mas que su amargura ; este es el bien único que puede ya hacerseles.

— Parémonos aquí, dijo Corina, enfrente de este sepulcro, único que permanece casi entero ; no es de un Romano famoso, sino el de Cecilia Metella, doncella jóven, á quien su padre hizo levantar este monumento. — ¡ Dichosos, exclamó Osvaldo, dichosos los hijos que mueren en brazos de su padre, y reciben la muerte en el seno que les dió la vida ! la muerte misma pierde para ellos su dardo.

— Sí, dijo Corina, alterada, ¡ dichosos los que no son huérfanos ! Mirad, aunque este sepulcro es de una mujer, han esculpido armas sobre él ; pero las hijas de los héroes pueden tener sobre sus sepulcros los trofeos de sus padres ; y es bella la union de la inocencia con el valor. Propercio en una elegía pinta mejor que nadie en la antigüedad aquella dignidad de las mujeres entre los Romanos, mas majestuosa y mas pura que el propio imperio de que gozaban en los tiempos de la caballería. Cornelia,

muerta en la flor de sus años, dirige á su esposo tiernos adios y tiernos consuelos, y casi en cada palabra se advierte en ellos cuanto tienen respetable y sagrado los vínculos de familia : pintase en aquella poesía pomposa de los Latinos, en aquella poesía noble y severa como los señores del orbe, el noble orgullo de una vida sin mancilla. *Sí*, dice Cornelia, *ninguna mancha oscureció mi vida desde el himeneo hasta la pira; viví limpia entre las dos antorchas* (1). ¡Qué admirable expresión! exclamó Corina, ¡qué sublime imagen! ¡y cuán envidiable es la suerte de la mujer que puede haber conservado de esa manera la mas perfecta unidad en su destino, y no lleva al sepulcro mas que una memoria! basta para una vida.

Al acabar estas palabras, se llenaron los ojos de Corina de lágrimas, y un sentimiento cruel, y una sospecha dolorosa se apoderaron del corazón de Osvaldo. — Corina, exclamó, Corina, vuestra alma delicada ¿no tiene cosa alguna de que arrepentirse? Si pudiese disponer de mí, si me fuese dado ofrecerme á vos, ¿no tendría rivales en lo pasado? ¿podría envanecerme de mi elección? ¿no turbarian mi ventura los crueles celos? — Soy libre y os amo cual jamas he amado, respondió Corina; ¿qué mas pretendéis? ¿Quereis condenarme precisamente á confesaros que ántes de haberos visto pudog enañarme mi fantasía

(1) *Viximus insignes inter utramque facem*

sobre el interés que otro me inspiraba? ¿no hay en el corazón del hombre una compasión divina para los errores que la ternura, ó la ilusión de la ternura, hace cometer? — Al concluir de decir esto, se cubrió su semblante de un modesto rubor; Osvaldo se estremeció, mas guardó silencio. Tenia el mirar de Corina una expresión de arrepentimiento y de timidez que no le permitió juzgarla con severidad, y le pareció que descendía sobre ella para concederle perdón un rayo del cielo : cogióle la mano, apretóla contra su corazón, y se arrodilló delante de ella sin pronunciar una voz, sin prometer cosa alguna, empero contemplándola con una mirada amorosa que permitía esperar lo todo.

— Creedme, dijo Corina á lord Nelvil, no hagamos proyectos para los años que han de venir; los momentos mas dichosos de la vida son aquellos que nos concede un benéfico acaso : ¿y aquí, en medio de los sepulcros, hemos de creer tanto en lo venidero? — No, exclamó lord Nelvil, no creo en un porvenir que nos haya de separar; estos cuatro dias de ausencia me han hecho ver que ya no existia sino por vos. — No respondió Corina á estas dulces palabras; mas las regoció religiosamente en su corazón; siempre temia, prolongando la conversacion sobre el sentimiento que únicamente la dominaba, excitar á Osvaldo á declarar sus ideas, ántes que un hábito mas largo le hiciese imposible la separacion. Muchas veces dirigia de propósito su atención á los ob-

jetos exteriores, á la manera de aquella Sultana de los cuentos árabes, que procuraba cautivar con mil diferentes narraciones el ánimo de su amado, para dilatar la decision de su suerte hasta el punto en que lograron la victoria los atractivos de su entendimiento.

CAPITULO II

Cerca de la via Apia, vieron Osvaldo y Corina los *Columbarium*, donde los esclavos se han juntado con sus señores, donde se halla en un mismo sepulcro cuanto vivió por la proteccion de un solo hombre, ó de una sola mujer : por ejemplo, las sirvientas de Livia, las que dedicadas á cuidar de su belleza, luchaban por ella con el tiempo, y disputaban á los años algunos de su atractivos, están colocadas en urnitas á su lado : parece que se está viendo una coleccion de muertos oscuros, en torno de un muerto ilustre, tan callado como su comitiva ; y á corta distancia se descubre un campo donde se enterraban vivas las vestales infieles á sus votos ; ejemplo singular de fanatismo en una religion tolerante por naturaleza.

— No quiero llevaros á las Catacumbas, dijo Corina á lord Nelvil, aunque por una extraña casuali-

dad caen debajo de esta via Apia, descansando casi sepulcros sobre sepulcros. Mas ese asilo de los cristianos perseguidos tiene cierto aspecto tan lóbrego, y tan terrible, que no puedo determinarme á volver á él ; no reina allí la tierna melancolía que se respira en los sitios abiertos ; aquel es el calabozo junto al sepulcro, el suplicio de la vida al lado de las angustias de la muerte. Siéntese, sin duda, una admiracion profunda hácia los varones, que por el poder solo de un santo entusiasmo, pudieron soportar aquella vida subterránea, y se separaron enteramente del sol y de la naturaleza ; pero el alma padece mas de lo que puede sufrir. El hombre es parte de la creacion ; por tanto es preciso que encuentre su armonía moral en el conjunto del universo, en el orden habitual del destierro ; y si bien ciertas excepciones violentas y temibles pueden pasmar al entendimiento, asustan de tal manera la fantasía, que nada favorable puede resultar de ellas al alma. Mejor será, continuó Corina, ir á ver la pirámide de Cestio, en torno de la cual yacen vuestros compañeros de creencia. — Sí, respondió lord Nelvil, allí hallaron su postrera morada muchos compatriotas míos : vamos, pues, quizá será de esa suerte cómo no os dejaré nunca. Corina se estremeció al oír aquellas palabras, y su mano temblaba apoyándose en el brazo de lord Nelvil. — Estoy mejor, repuso él, muchísimo mejor, desde que os conozco. — Y brilló de nuevo en el semblante de Corina la ale-

gria tierna y suave, que era su expresion habitual.

Cestio presidia los juegos de los Romanos, y aunque no se lee su nombre en la historia, su sepulcro le ha hecho famoso, y la pirámide sólida que le tiene encerrado en su seno, defiende su muerte del olvido que borró enteramente su vida. Aureliano, temeroso de que se valiesen de esta pirámide como de una fortaleza para ofender á Roma, la hizo poner dentro de los muros que todavía subsisten, no como ruinas sin provecho, sino como recinto actual de Roma moderna. Dicese que las pirámides imitan en su figura la llama que se levanta de una hoguera; lo cierto es que aquella figura misteriosa atrae las miradas, y da un carácter pintoresco á todos los puntos de vista en que se halla comprendida. Enfrente de la pirámide está el monte Testáceo, debajo del cual hay fresquísimas cuevas, donde se dan festines en los dias ardientes del verano; porque la vista de los sepulcros no altera en Roma la alegría de los festines. Los pinos y los cipreses que se divisan de espacio en espacio en la risueña campiña de Italia, recuerdan asimismo aquellas memorias solemnes, y el contraste causa la misma impresion que los versos de Horacio :

..... *Moriture Delli,*

Linquenda tellus, et domus, placens
Uxor (1)

(1) Delio, es fuerza morir : fuerza es la tierra dejar, tu asilo, y tu querida esposa.

en medio de las poesías consagradas á todos los deleites de la tierra. Los antiguos conocieron siempre que la idea de la muerte tiene sus atractivos : el amor y los recocijos la recuerdan, y el movimiento de una viva alegría se aumenta, al parecer, con la misma idea de la brevedad de la vida.

Corina y lord Nelvil volvieron de recorrer los sepulcros, costeando las márgenes del Tiber : cubriente otro tiempo las naves, y rodeábanle los palacios; hasta sus inundaciones se miraban un dia como presagios; era el rio profeta, la divinidad tutelara de Roma (1). Ahora parece que corre por entre las sombras, ¡tan solitario yace, y tan turbio parece el color de sus aguas! Los monumentos mas bellos de las artes, las estatuas mas admirables se han arrojado al Tiber y están escondidas en sus ondas. ¿Quién sabe, si un dia, para buscarlas, no le apartarán de su cauce? Empero al discurrir que las obras mas portentosas del ingenio humano, están quizá allí delante de nosotros, y que una vista mas penetrante las descubriria por entre la aguas, se

(1) *Tiberis... quamlibet magnorum navium ex Italo mare capex, rerum in toto orbe nascentium mercator placidissimus, pluribus prope solus quam ceteri in omnibus terris amnes, accolitur aspiciturque villis. Nullique fluviorum minus licet, inclusis utrinque lateribus : nec tamen ipse pugnat, quamquam creber ac subitis incrementis, et nusquam magis aquis quam in ipsa urbe stagnantibus. Quin imo vates intelligitur potius ac monitor, auctu semper religiosus verius quam sævus.*

PLIN., *Hist. natur.* 1. 3